

Educación después del Holocausto

Reyes Mate

Profesor de Investigación del CSIC y Premio Nacional de Ensayo

El filósofo alemán Theodor W. Adorno decía en un célebre artículo titulado Educación después de Auschwitz, que “la exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas las que hay que plantear a la educación... cualquier posible debate sobre ideales educativos resulta vano e indiferente en comparación con ésto: que Auschwitz no se repita”.

EN UN MOMENTO como el presente, en el que muchos reconocen la necesidad de plantearse los objetivos de la educación, ¿tiene sentido la postura de Adorno?, y, si lo tiene, ¿nos afecta, a nosotros? Auschwitz, es decir, la barbarie nazi contra el pueblo judío, nos cae lejos. Lejos en el tiempo, lejos en el espacio y, más lejos aún, en la sangre. Pese a todo, conviene detenerse un instante, antes de pasar página. Auschwitz no es un asunto que incumba sólo a los alemanes y a los judíos porque es un atentado a la humanidad del hombre.

Elie Wiesel, el superviviente que fue Premio Nobel de la Paz, dice que en Auschwitz no sólo murió el judío sino el hombre. Por eso nos afecta. Recordemos, en efecto, que el Tribunal de Nuremberg tuvo que inventarse una figura jurídica –crimen contra la humanidad– para calificar lo que había ocurrido en los campos polacos de Auschwitz, Treblinka o Sobibor. El término humanidad tiene en castellano dos significados. Se refiere a la especie humana, de suerte que crimen contra la humanidad equivale a genocidio, un atentado a la integridad física de la especie. Pero también significa civilización, con lo que crimen contra la humanidad sería la muerte de las conquistas humanitarias del ser humano a lo largo de la historia.

Ese doble crimen tuvo lugar en los campos de exterminio. Los nazis no sólo querían acabar con los once millones de judíos europeos, sino también librar a la humanidad de la contribución civilizatoria del judaísmo. Había que empezar expulsando al judío de la especie humana, por eso le trataban como a un gusano, hasta conseguir que él mismo interiorizara que no era un ser humano. La estrategia estaba bien pensada: la misma escudilla servía para lavarse, comer y defecar; prohibido tratar a muertos de cadáveres, sólo eran "leños" o "trapos"; los oficiales nazis se inventaron un partido de fútbol contra los prisioneros judíos encargados de la cámara de gas y de los hornos crematorios, para demostrarles que eran igualmente abyectos.

Primo Levi recuerda el júbilo de los nazis abrazando a sus víctimas: "os hemos corrompido, arrastrado al polvo con nosotros. También vosotros, como nosotros, habéis matado a vuestro hermano. Podemos jugar juntos". Había que matar los cuerpos y deshumanizar las almas.

Querían borrar del mapa la cultura judía porque era un obstáculo para sus planes milenarios. Ya en Mein Kampf Hitler puso entre comillas, como si hubiera que vigilar con corchetes, los términos más peligrosos de esa tradición, a saber: "ser humano", "humanidad", "conciencia", "culpa", "compasión", es decir, todo ese patrimonio cultural que explica el proceso civilizatorio del ser humano y que

le ha permitido ganar lentamente la batalla a la animalidad. En los campos de exterminio no sólo murió el judío, también el hombre.

Hitler fue vencido. No pudo consumir su plan, pero la barbarie continúa. Ante nuestros ojos, en África y Europa se han repetido los genocidios y no parece, por otro lado, que el sufrimiento de los otros coticen en política. Hay que volver a ese libro abierto que es Auschwitz para detectar y neutralizar las lógicas perversas que llevaron a la catástrofe. En primer lugar, el rechazo del diferente. Ahora llamamos xenofobia al odio al forastero porque tiene otro dios, habla alguna algarabía o viste chilaba. Durante siglos la xenofobia se expresó sobre todo como antijudaísmo, bien aderezado con justificaciones religiosas o laicas. Había calado tan hondamente en toda Europa que cuando Hitler tanteó las reacciones de las cancillerías europeas a su política antisemita, sacó la conclusión de que nadie se molestaría por ello. El genocidio ocurrió, como dice Georg Steiner, ante la indiferencia de nueve sobre diez europeos. El nuevo chivo expiatorio, en el imaginario occidental, es el "moro" que está ocupando el lugar que durante siglos tuvo el judío.

Educar después de Auschwitz es educar contra las querencias que hicieron posible aquel desastre y que siguen al acecho

En segundo lugar, la fragilidad de las barreras morales del hombre moderno. Hanna Arendt se inventó la figura de "la banalidad del mal" para explicar cómo en la culta Alemania pudo instalarse una cadena de producción industrial del asesinato. Comprendió enseguida que el odio no da para tanto. Para el montaje de esa industria criminal había que contar con el hombre normal, es decir, con el buen padre de familia que cuando llegaba agotado del campo de muerte, se relajaba oyendo a Mozart, leyendo a Rilke o preparándose para ir a misa con toda la familia. "Banalidad del mal" no significa que el crimen fuera asunto menor, sino que los asesinos eran gente como nosotros. Basta tocar alguna tecla, como la xenofobia o el patriotismo, para que el hombre normal se convierta en criminal.

En tercer lugar, lo que algunas mentes lúcidas durante los años cuarenta llamaron "la frialdad burguesa". Se referían a ese tipo de enseñanza que prima instrucción y desprecia la educación; a ese tipo de investigación que sólo valora el avance del conocimiento, sin preguntarse si sirve o no a la humanización del hombre.

Produce desasosiego que la figura contemporánea del sabio sea el científico. El hombre de ciencia es un experto al que se le pide que no mezcle su vida personal, sus experiencias y sentimientos con los conocimientos. Todo lo contrario del sabio antiguo que extraía sus saberes de las experiencias más dolorosas.

Educar después de Auschwitz es educar contra las querencias que hicieron posible aquel desastre y que siguen al acecho.